

**Gina Saraceni, *Escribir hacia atrás. Herencia, lengua, memoria*
Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2008, 240 páginas.**

Tal como sugiere el título del libro, la investigación de la venezolana Gina Saraceni parte del intento de descifrar qué es aquello que se proyecta en el *escribir hacia atrás*. Entiende esta frase a partir de concebir a la escritura como espacio de tensión que origina un movimiento prospectivo y retrospectivo a la vez y que, en palabras de la autora, provoca un desplazamiento que al avanzar retrocede para darle existencia a lo ausente con el fin de significar al pasado y hacerlo evento (p. 205). Asimismo, *mirar hacia atrás* implica enfrentarse con el espectro que interpela a través de su mandato y que exige interpretar las marcas del pasado como una manera de responder a la pregunta sobre la propia identidad y sobre la identidad del otro, cuya memoria es legada y confiada para que se la haga sobrevivir a través de uno y de su duelo por el ausente. Pero este proyecto no se cierra aquí, sino que abre nuevas líneas de análisis vinculadas a la memoria y a la escritura sobre el pasado que lleva a la ensayista a indagar sobre la herencia y también sobre la lengua en su carácter interpretativo.

A partir de ciertas problematizaciones en torno a la herencia y a la memoria, la autora trabaja con un corpus latinoamericano que se extiende desde 1980 a la actualidad (incluye títulos editados en el año 2004) y que está compuesto por textos clave de Sergio Chejfec, Raúl Zurita, Fabio Morábito, Tununa Mercado y Roberto Raschella. En su análisis, revela el vínculo existente entre la memoria individual y la memoria colectiva; ambas constituidas por tradiciones, saberes, lugares, fechas, relatos y también por representaciones y prácticas que se heredan del pasado pero que se reactualizan en el presente. Y es justamente en el cruce entre el recuerdo personal y el colectivo; esto es, entre la esfera de lo íntimo y privado y de lo público y social donde los relatos se funden para constituir la identidad que muchas veces resulta en lo que la autora denomina un “nosotros problemático” (p. 16). En esta búsqueda por la identidad, *volver hacia atrás* implica recuperar algo que falta, que está ausente, y para retroceder en una instancia que intenta avanzar, el medio propicio para producir ese desplazamiento es la escritura la cual “no intenta restituir sino aproximarse a ese relato que siempre va a faltar” (p. 34). Así, los relatos y poemas que componen el corpus tienen como protagonistas a emigrantes, hijos de emigrantes, exiliados, víctimas del holocausto y de las dictaduras del Cono Sur. Todos estos encuentran en la escritura la posibilidad de *volver hacia atrás* apelando a la memoria colectiva brindada por los otros: padres, abuelos, comunidad de pertenencia. Pero, como bien señala la autora, no se trata de *volver hacia atrás* con la ilusión de recuperar el origen como instancia permanente y segura sino por el contrario, como algo en el tiempo que hay que descifrar, interpelar, construir, darle una significación. Se trata entonces de completar mediante la escritura todo aquello que constituye la falta, la ausencia, las elipsis de la historia. De allí que esta investigación propone dilucidar cómo en estas ficciones aparecen nuevas lecturas e interpretaciones capaces de revelar diversas concepciones del pasado y nuevos modos de entender el futuro.

Escribir hacia atrás. Herencia, lengua, memoria se compone de siete capítulos. El primero funciona a modo de introducción, se propone el marco teórico que establece las pautas de análisis que luego se aplican a las distintas obras seleccionadas dentro del corpus. En los capítulos siguientes se concentra en los textos de Chejfec, Zurita, Morábito, Mercado y Raschella respectivamente. En Chejfec encuentra que la escritura cumple el rol de la herencia. De alguna manera, lo que hace el “narrador-heredero” es “inventar” una historia tentativa que le permite recuperar la figura del padre muerto. Esto lo hace a partir del legado que le queda del padre a partir de sus relatos y de todo aquello que forma parte del silencio. En Zurita la escritura resulta un modo de corregir el pasado, de imaginarlo diferente y recrearlo desde el presente del recuerdo. Como en el caso anterior, se trata de un narrador-heredero que encuentra en su abuela el fantasma que ordena el recuerdo de su infancia, que le permite verse, saber quién es y acceder a la genealogía familiar porque es en el encuentro con el fantasma de su niñez que el narrador podrá escribir la historia de su pasado. En el caso de la poesía de Morábito *escribir hacia atrás* significa “escribir la memoria de un viaje” (p. 117). Se trata de un vida signada por el descentramiento y la excentricidad que ubican al yo-poético en un fuera de lugar, en un estado sin pertenencia a un espacio geográfico, lingüístico, cultural; o bien, de una pertenencia provisional y precaria. Desde su mismo origen está lejos de su patria y ésta se convierte en aquello que existe como herencia inapropiable. La misma situación de imprecisión sucede con su lengua que encuentra en la forma literaria la posibilidad de una tercera lengua que no es una síntesis del italiano y del español, sino una lengua en proceso que en la escritura nombra su propia carencia y precariedad. La escritura de Morábito, asevera la ensayista, es un proceso que demuestra la inestabilidad de la lengua, la casa y la propia identidad de ese yo-poético que se enuncia a sí mismo en un lugar por fuera de todo espacio de pertenencia. En lo que respecta a la obra de

Mercado, Saraceni la inscribe en el escenario crítico y literario latinoamericano de las últimas dos décadas en las que mediante textos que cuestionan los discursos oficiales, se ha intentado problematizar el estatuto de la memoria posterior a las dictaduras. Esto es, escribir en contra del olvido. Para ello, no recurre a un legado que le dejaran sus progenitores sino a su propia experiencia y explora por tanto, el terreno de lo afectivo, lo íntimo y también sus relaciones con lo político y lo público. Es el caso del último de los autores propuestos en el corpus, el de Raschella; éste construye una lengua para contar la historia de la inmigración italiana en la Argentina. Y es en este otro lenguaje que se representa la zona de conflicto entre el “aquí” y el “allá” que constituye la identidad y la experiencia del sujeto desarraigado. En el capítulo VII la autora expone el desarrollo de su investigación y hace una síntesis de cómo en todas las obras propuestas aparece la idea de la herencia como legado del pasado. Pero ésta no sólo permite indagar sobre el origen y su sentido en la búsqueda por intentar definir la identidad individual y colectiva sino más bien, y quizás esto constituya el aporte más valioso que ofrece la lectura del ensayo de Gina Saraceni, nos advierte de ese estado en proceso que es consecuencia de aquellas marcas que el presente guarda del pasado y que nos revela “el legado al que pertenecemos, la genealogía de donde venimos, la responsabilidad que tenemos ante esa pertenencia” (p. 206).

Carolina Rolle